

Romances viejos

Jesús Gutiérrez Pérez

En mis tiempos ya lejanos de estudiante cayó en mis manos un libro de poemas con el sugerente título de Flor Nueva de Romances Viejos. Eran romances recogidos por don Ramón Menéndez Pidal, máximo exponente en la investigación de la literatura medieval española.

Y de allí viene mi afición a los romances que conservo todavía aunque adormecida por el paso de las décadas, que se ha despertado recientemente al encontrar en un centro comercial cercano a Rentería, por la ridícula cantidad de un euro, una Antología de la Épica y el Romancero.

Los romances se vendían en pliegos sueltos que luego el pueblo cantaba y modificaba y se han ido conservando en pueblos de Castilla y León e incluso en comunidades de judíos sefardíes. Pero lo más asombroso es que se conservaron al menos hasta mi niñez, ya que muchos de los cantares que cantaban las chavalas de mi barrio (Morronguilleta) saltando a la cuerda eran simplemente romances, aunque no todos viejos.

En este momento recuerdo especialmente dos, y los recuerdos están truncados e imperfectos, ya que el juego de la comba nos estaba vedado a los chicos, era exclusivo de las féminas, pero oíamos cantar y se nos iba quedando algo.

Ahí va el primero, tal como lo recuerdo:

*En Sevilla un Sevillano – la desgracia que nos dio
De siete hijas que tuvo – y ninguna fue varón.
Un día la más pequeña – se metió en la inclinación
De ir a servirle al rey – vestidita de varón.
No vayas hija no vayas – que te van a conocer,
Tienes el pelo muy largo – y dirán que eres mujer.
Si tengo el pelo muy largo, – madre, me lo cortaré
Y con el pelo cortado, – un varón pareceré.*



Claro que muchas cantaban “un balón pareceré” cosa, por otra parte, lógica: una cabeza de chica con el pelo al cero sería lo más parecido a un balón.

Este era el comienzo del romance, pero no recuerdo cómo seguía.

Y el segundo, del que no recuerdo el comienzo, era así:

*–¿Ha visto “usté” – a mi marido
en la guerra – alguna vez?
–No señora, no le he visto – ni tampoco sé quién es.
–Mi marido es alto rubio, – alto rubio, aragonés,
y en la punta de la espada – lleva señas de un
marqués.*

Y luego seguía:

*Siete años he esperado
y otros siete – esperaré
si a los catorce no vuelve – contigo me casaré.*

La versión que he encontrado del primero está recogida en un pueblito de Asturias en 1909:

*Conde Rondal se pasea – de la ventana al balcón
–Reviente la mi mujer – al par de mi corazón
de siete hijas que he tenido – no nació ningún
varón.
Bien lo oyera la postrera – que se está peinando al
sol.
–Yo iré a servirle al Rey – en hábitos de varón.*

El padre le dice que tiene las piernas delgadas, las manos y la cara blancas, los pechos y los ojos grandes, todo ello de mujer, pero ella encuentra solución a todo.

*–Después de todo compuesto – ¿cómo me llamaré
yo?
–Oliveros, hija mía, – que así me llamaba yo.
Siete años sirviera al rey – y nadie la conoció,
De los siete “pa” los ocho – el hijo (d)el rey reparó:
–Yo qué me parece padre, – que Oliveros no es
varón.*

Para probarla la lleva al mercado a ver si se le van los ojos tras las joyas y los vestidos, pero ella sólo mira los espadones para matar moros. La lleva a una razzia contra los enemigos, y es la que lucha con más energía. Y al fin la lleva a bañarse.

Él pronto se desnudó – y pronto se tira al mar.

Pero Oliveros:

*Tiene una pierna descalza – y otra para descalzar.
–¿Tú qué aguardas, Oliveros, – no te vas a desnudar?*

*Cartas me han venido, cartas, – cartas de mucho
pesar,*

*Que mi padre ya se ha muerto – y mi madre en ello
va.*

Huye a su casa perseguida de cerca por el hijo de rey que quiere casarse con ella. y termina el romance:

*Siete años sirviera al rey – una doncella real.
Yo no me llamo Oliveros, – que me solían llamar.
Yo me llamo Catalina, – hija del conde Rondal.*

Y el romance del marido que vuelve de la guerra y su mujer no lo reconoce, fue publicado en 1605 así:

*–Caballero de lejanas tierras – llegaos aquí y paréis,
hinquedes la lanza en tierra, – vuestro caballo
arrendéis,
preguntaros he por nuevas – si mi esposo conocéis.
–Vuestro marido señora – decid de qué señas es.
–Mi marido es mozo y blanco, – gentilhombre y bien
cortés,
en el pomo de su espada – armas trae de un
marqués.
–Por esas señas, señora, – tu marido muerto es,
en Valencia lo mataron – en casa de un genovés.
Si habéis de tomar amores – por otro a mí no
dejéis.
–No me lo mandéis, señor, – señor, no me lo
mandéis,
que antes de que eso hiciese, – señor monja me
veréis.
–No os metáis monja. Señora, – pues que hacello no
podéis,
que vuestro marido amado – delante de vos
tenéis.*

Es curioso esto de los romances. Son anónimos y populares. Anónimos porque no sabemos el nombre del autor y populares porque el pueblo los ha ido modificando hasta el punto que hasta nosotros han llegado diferentes versiones de la misma historia.

¿Y cómo han llegado? Han llegado en hojas volanderas, en cantares de ciego (que también he conocido) y sobre todo en las canciones que cantaban las chavalas a la comba (nosotros decíamos a la cuerda). Claro que a los chicos no nos dejaban participar en sus juegos (y hacían bien) pero eso no impedía que oyésemos y aprendiésemos sus canciones.

Uno de los romances era “Mambrú se fue a la guerra” en el que Mambrú era nada menos que Marlborough, tatarabuelo de Churchill. Otro cantaba aquello de “De Zaragoza ha venido-un valiente novillero. Que se llama Florentino y – se apellida Ballestero”...

Se trata de un novillero muerto por el toro que deja honda huella y la tragedia se recuerda en un romance. Permitidme que lo ponga tal como lo recuerdo:

*De Zaragoza ha venido – un valiente novillero
Que se llama Florentino – y se apellida Balletero.
Balletero tiene un hijo – que se quiere meter fraile
Pero su madre le dice: – “Torero como tu padre”
Madre, échame la capa – que me voy a torear
Y mis amigos me dicen – que el toro me va a matar.
A mí no me mata un toro – ni tampoco cien toreros
A mí me mata una niña – que tiene los ojos negros.*

Aquí hay una laguna en mi flaca memoria, y el romance terminaba:

*Balletero ya se ha muerto – ya lo llevan a enterrar
Y encima la caja lleva – la capa de torear.*

Compárese con lo del crimen de Cuenca, dos acusados de un crimen, convictos y confesos, el pueblo forma su romance y el “difunto asesinado” oye a un ciego cantar la canción de su historia y se presenta en el pueblo después de muchos años, a aclarar el malentendido.

Eso de que es el pueblo el que lo cante se presta a hechos curiosos. Un romance que empieza “Mira Nero de Tarpeya – a Roma cómo se ardía”... (Mira Nerón desde la roca Tarpeya cómo ardía Roma), se transformó en “marinero de Tarpeya”. (Por cierto que recientemente he leído en algún libro que a alguno le insultaban llamándole “marinero de Tarpeya”. Y en un romance recogido en un pueblo de León dicen que el caballero montó a la dama a las “anclas” del caballo, en un pueblo en que más conocerán las ancas de los caballos que las anclas de los barcos. ¡Qué mundo!

Otro romance, que debió calar muy hondo en el pueblo y que cantaban las chicas de mi barrio, el de la muerte de la reina Mercedes:

*Dónde vas, rey Alfonsito – dónde vas, triste de ti.
Voy en busca de Mercedes – que ayer tarde no la vi,
Merceditas ya se ha muerto – muerta está que yo
la vi,
Cuatros duques la llevaban – por las calles de Madrid*

Claro que las chavalas decían “cuatro buques la llevaban por las calles de Madrid”. Sí que está en Madrid el Ministerio de Marina, y se pueden ver marineros de guardia, ¡Pero buques por las calles!...

Si, aunque sea, fuesen por el Manzanares, ese aprendiz de río... ■

